

La genealogía en cuestión: cuerpos, textos y reproducción en el Quijote de Cervantes

CLEA GERBER (2018). Alcalá de Henares, Universidad de Alcalá, 316 páginas. ISBN 9788416978670.



David Alvarez Roblin
Universidad de Amiens, Francia

En este libro, galardonado por el premio Casasayas 2017, Clea Gerber examina las relaciones existentes entre reproducción biológica y creación literaria en el *Quijote* de Cervantes. Con ello, propone demostrar que el universo simbólico de la paternidad y la herencia configura un vasto campo semántico mediante el cual el texto da cuenta de su inserción en el campo literario de su época.

Tras unas consideraciones generales y unas puntualizaciones contextuales sobre la importancia de la filiación, la paternidad y la genealogía en el período considerado (cap. 1), el verdadero punto de partida de este recorrido (cap. 2) es el prólogo de 1605, donde se escenifica un parto simbólico *contranatural*, pues don Quijote —libro y personaje— es engendrado por un ingenio “estéril”, que no se presenta, además, como “padre”, sino como “padrastró” de su criatura, alejándose de este modo de la imagen de la filiación tradicional padre-hijo. Partiendo de esta observación preliminar, Clea Gerber demuestra que, a lo largo del *Quijote*, Cervantes deconstruye la comparación tópica entre creación artística y fecundidad natural para esgrimir, por lo contrario, “una poética de lo estéril, de lo seco y de lo marginal”, en la que la carencia se vuelve valor, y que podría tener algún antecedente en el pensamiento de Huarte de San Juan (*Examen de ingenios*, 1575).

La autora examina luego, en un largo y denso capítulo (cap. 3), los cruces y las relaciones que operan entre el cuerpo enloquecido del protagonista y el *corpus* de un texto “desvariado y monstruoso”. De nuevo, la reflexión tiene como punto de arranque una paradoja o, más bien, una doble paradoja: por una parte, el hecho de que la ausencia de partos humanos (nacimientos) en el *Quijote* de 1605 se acompañe de una multiplicidad de alumbramientos metafóricos que remiten a la actividad creadora, como si la reproducción se hubiera desplazado del ámbito de la reproducción biológica al de la imaginación; por otra parte, también se pone de realce la concordancia entre la ausencia de nacimientos humanos y la multiplicidad de muertes biológicas. Para explicarlo, la autora sugiere que la muerte, en realidad, no representa

sino una modalidad —quizá la más extrema— de la carencia creativa ostentada en el prólogo, pues esta se acompaña las más veces de la producción de obras literarias, como lo ejemplifica el caso del difunto Grisóstomo.

Otra observación importante es que, ya desde el *Quijote* de 1605, se alude en muchas ocasiones a los textos en términos de “familias” —como ocurre, por ejemplo, en el escrutinio de la biblioteca del hidalgo (I, 6)—, lo que permite tejer un puente entre genealogía biológica y genealogía literaria. A partir de esta premisa, la estudiosa explica que el estéril don Quijote, carente tanto de ascendencia explícita como de descendencia directa, trata de “reconfigurar su historia familiar inscribiéndose en la línea de sucesión de los libros de caballerías”. De este modo, otro tipo de filiación —de índole literaria— suple la carencia de filiación biológica, como también ocurre con numerosos personajes presentes en la trama de la novela, que se encuentran desarticulados del tejido social familiar, o bien porque carecen de padre o bien porque se han apartado de su ley (como Dorotea, el segundón don Fernando, Cardenio, Zoraida, etc.).

Por fin, este enjundioso capítulo examina el juego cervantino con respecto a las instancias transmisoras, el origen perdido del texto y el anuncio incierto de una continuación, que coincide paradójicamente con la noticia de la muerte de los protagonistas, mediante los burlescos epitafios finales. Según la autora, todo ello enlaza, en realidad, con el prólogo y la fallida instancia paterna que se expresa en él: la problemática genealogía del texto y su incierta descendencia corren parejo con las del protagonista, lo que a su juicio refuerza la equivalencia entre el cuerpo de don Quijote y el *corpus* textual. El capítulo concluye por tanto con una hermosa fórmula, a saber, que “el recorrido que plantea el *Quijote* cervantino puede leerse como una transformación o pasaje del cuerpo al *corpus*”.

En el capítulo siguiente (cap. 4), titulado “Una herencia espuria: el *Quijote* de Avellaneda”, se subraya que el continuador alógrafo fue el primero en haber intentado construir, a partir del *Quijote* de 1605, una

“familia textual”, de ahí que su presencia sea insoslayable en el marco de la investigación. Tras sintetizar los principales enfoques críticos y recordar las características más sobresalientes de la obra, Clea Gerber explica por qué el trabajo sobre el universo simbólico de la paternidad y la herencia en la continuación alógrafa difiere por completo del cervantino. Demuestra que, a diferencia de lo que ocurría en el *Quijote* de 1605, la continuación de 1614 otorga un relieve novedoso a los partos biológicos, lo que la estudiosa interpreta como parte de una estrategia más general que tiende a invertir la primacía del texto sobre el cuerpo que era propia de la poética cervantina.

En el marco de este capítulo, se hace hincapié en la concepción distinta que Cervantes y Avellaneda tienen de la lectura y se hace resaltar que, en la novela apócrifa, el libro, en tanto que objeto, y las discusiones metaliterarias ocupan un lugar muy limitado. Gerber considera que estos cambios son considerables, pues limitan profundamente la posibilidad de establecer una filiación libresca para los protagonistas y tienden a neutralizar los juegos sobre el valor simbólico de la genealogía. Sin embargo, a su juicio, este debilitamiento del universo textual es perfectamente intencional y corre paralelo a una presencia muy marcada de lo corporal en la obra de Avellaneda, como si el continuador quisiera restablecer en cierto modo el *orden de naturaleza* trasgredido en el prólogo de 1605. La mejor prueba de ello se hallaría en los dos partos principales que se encuentran en la continuación de 1614: el primero, en la novela intercalada, titulada *El rico desesperado*, y el segundo, en el breve epílogo que remata el texto del continuador, pues ambos se enfocan, en opinión de la autora, desde una perspectiva estrictamente “biológica” y “literal”.

El quinto y último capítulo (“De 1605 a 1615: la construcción de una familia textual”), el más extenso de todo el libro, examina cómo la voluntad de “filiarse” con la Primera parte de 1605 implica también “expulsar de la familia textual quijotesca” al volumen de Avellaneda. En esta etapa de la reflexión, se concede, por tanto, un lugar destacado a la interacción con el libro del continuador, mostrando que este actúa como una fuente por repulsión y recalando cómo la necesidad de denunciar el carácter *ajeno* de su libro da lugar, en 1615, a la adopción de estrategias novedosas para dar cuenta de la paternidad del texto. Esta nueva etapa de la reflexión arranca —como el capítulo 2— con una brillante lectura del prólogo y, especialmente, de los dos cuentecillos cervantinos de locos y de perros, mostrando que se desprende de ellos una doble lección (sobre el arte de la secuela y la mala escritura), siendo una de las claves para su

cabal interpretación la libertad que se le asigna o no al lector. El examen meticuloso del prólogo termina poniendo énfasis en la mayor paradoja de todo este preámbulo, a saber, que Cervantes decide finalmente anclar su paternidad sobre el texto “a partir de un filicidio”.

A modo de respuesta a Avellaneda —al menos en parte— el “verdadero autor” propone en el *Quijote* de 1615 una serie de desplazamientos, no solo en relación con la tradición o los moldes genéricos, sino también en lo que respecta a su propia saga quijotesca. En efecto, si ya en la Primera parte, el alcaíno apostaba a confundir el cuerpo del protagonista y el *corpus* textual (*Quijote-Quijote*) y a entrelazar la gestación de uno y otro, esto es llevado al paroxismo desde el inicio de la Segunda parte autógrafa, en virtud del procedimiento metafictional por el cual los personajes cobran conciencia de su rol como tales al saberse impresos en letras de molde. En palabras de la autora, don Quijote se ha transformado en un “hombre-libro, o un libro encuadernado”, hecho corroborado por la ausencia material del libro de 1605 en la trama de 1615, que, si bien existe en el discurso de varios personajes, nunca aparece *corporalmente*. Pero advierte la autora que, en el *Quijote* de 1615, a diferencia de lo que ocurría con los libros edificantes de la novela de Avellaneda, el libro no está asociado a una letra rígida y muerta, sino que se presenta como algo en gestación, como un “cuerpo vivo”, en sintonía con la metáfora del perro-libro utilizada en los cuentecillos del prólogo.

El universo reproductivo del libro de 1615 explora, pues, nuevas posibilidades y otorga un lugar destacado, por una parte, a los vínculos paterno-filiales y, por otra, a los linajes textuales, que resultan ser, al fin y al cabo, las dos caras de una misma medalla. En efecto, si la temática central de la Primera parte —el punto de arranque de toda la historia— era la *producción*, resulta lógico que la Segunda —en tanto que secuela— se centre prioritariamente en la *re-producción*, es decir, la continuación de un linaje. Se examinan así, sucesivamente y bajo esta doble perspectiva, la disputa entre Teresa y Sancho Panza en torno al futuro de sus hijos y la descendencia de don Diego de Miranda, cuestionada por el uso que quiere hacer don Lorenzo de su libertad. Dicho de otro modo: ¿cómo ha de continuarse la *narración familiar* de los Panza? ¿Cómo conjugar para un individuo, que también resulta ser un poeta, el legado de la tradición encarnado por el padre con la construcción de la propia individualidad? Siempre en esta línea, se contempla, por último, el problema de la descendencia femenina, principalmente a través de una serie de dueñas y

doncellas que gravitan en torno a la duquesa, personaje sin descendencia, probablemente aquejado por la esterilidad. Esta aristócrata aragonesa se convierte simbólicamente, según Gerber, en una especie de “madrina” de estos personajes —privados en distinto grado, por viudas o por doncellas, de padre simbólico— y viene a ser, por ende, una especie de doble femenino del “padrastro de 1605”, mediante un sutil juego especular con el primer prólogo.

En este último capítulo, se estudian asimismo varios personajes que permiten introducir una reflexión sobre los linajes textuales y el “arte de la secuela”, siendo el más destacado de ellos el primo humanista que acompaña a don Quijote hasta la Cueva de Montesinos (II, 22-24). A partir del primo humanista, se tematiza, a juicio de la estudiosa, cómo la tarea de continuar un linaje textual previo implica optar entre dos operaciones antitéticas: *transformar* y *suplementar*. Don Quijote y el primo, que tienen varios rasgos en común y ambos son continuadores a su manera, encarnarían en realidad dos modos diferentes de leer y de *ensanchar* un texto: mientras el caballero está dotado de una aptitud particular para dejarse transformar y remodelar a su vez lo leído creativamente, el primo erudito personificaría más bien el lector que no se deja transfigurar por sus lecturas y produce de resultas de ello una imitación inerte. Esta figura lectora, que no reacomoda auténticamente sus modelos, sino que se limita a suplementarlos, no deja de recordar, puntualiza Gerber, al propio Avellaneda.

Otra de las grandes novedades de esta Segunda parte autógrafa, siempre a juicio de la autora, es el lugar destacado que cobra en ella la noción de resurrección. Cuando aparecía en la Primera parte, esta idea servía sobre todo para referirse a la empresa de don Quijote de “resucitar la caballería andante”, lo que le otorgaba un sentido mayoritariamente positivo. Ahora bien, Gerber muestra que en 1615 no solo se duplican las alusiones a la resurrección, sino que tienden a desaparecer casi todas las ocurrencias del vocablo en sentido figurado, así como sus derivados, y que la noción llega incluso a cambiar de signo, pues cobra en varias ocasiones un sentido siniestro. En la Segunda parte, se relatan además dos resurrecciones espectaculares —la de Basilio y la de Altisidora— cuyo alcance se analiza de forma detallada. Apoyándose en una lectura aguda del episodio protagonizado por la joven doncella rediviva (II, 69-70), la estudiosa explica que, más allá de la simple invectiva, la respuesta a Avellaneda —cuyo libro tiene como paradero el infierno— se inscribe en un planteamiento más amplio y sutil sobre lo que significa una transformación realmente creativa. De hecho, Cervantes vincula

y entrecruza el juego con la continuación rival con otra reflexión omnipresente en el último tramo de la novela, es decir, cómo construir una memoria y una tradición para la historia del manchego en la época de la imprenta y de la reproducción mecánica, una problemática que la autora analiza con gran claridad.

Clea Gerber se proponía al inicio de su libro contar una historia singular, la de la construcción de la familia textual del *Quijote*, adoptando lógicamente para ello un tratamiento cronológico de la cuestión (1605, 1614, 1615). Al concluirse el libro, puede decirse que ha cumplido con creces con su cometido y no ha defraudado a sus lectores. Se trata de un trabajo muy convincente, concienzudo y bien documentado, pero que no por ello deja de ser de muy amena y agradable lectura. Alternando y combinando reflexiones generales (sobre la macroestructura) y estudios muy finos y detallados (a nivel microestructural), valiéndose de un conocimiento minucioso de la bibliografía existente y de un agudo sentido crítico, Gerber logra llevar a cabo una apropiación auténticamente *transformativa* de lo dicho que desemboca en unas propuestas realmente novedosas.

Se trata de un trabajo excelente en muchos aspectos, pero, por esa misma razón, llaman la atención unos cuantos errores y algunas simplificaciones, especialmente en el capítulo dedicado a la secuela de Avellaneda, que será nuestro punto de partida para formular unas breves observaciones. Huelga decir que estas *reducciones* no inciden en la calidad global de la reflexión y no llegan a infirmar la validez general de las propuestas emitidas, pero, en algunos casos, una mayor atención a la letra del texto o a su polisemia sí hubieran podido llevar a matizar ciertos juicios y por ende a completar el enfoque de algunas cuestiones importantes. Por ejemplo, Avellaneda lleva a los protagonistas cervantinos a Zaragoza, pero estos participan allí en una “sortija” —y no en unas “justas” (p. 266), tal y como Cervantes lo había anunciado—, lo que constituye quizá para el continuador una manera de alejarse de su modelo y de reivindicar un proyecto de escritura propio, más afín al mundo cortesano. Por otra parte, es cierto que el cuerpo maltrecho de don Quijote está menos presente en la novela de 1614 que en el texto de 1605, pero no está totalmente ausente “un proceso de descomposición” (p. 178), como puede verse en el capítulo 34 de la obra apócrifa. Por ello mismo, acaso hubiera sido interesante comparar cómo cada autor describe la degradación física del héroe. Por fin, en varias ocasiones a lo largo del libro se repite que la obra de Avellaneda termina en el manicomio de Toledo, pero conviene matizar esta afirmación, puesto que, según “tradiciones de

viejísimos manchegos”, el caballero espurio acaba saliendo de la casa del Nuncio, como lo recalca la propia autora al final del capítulo dedicado a la continuación alógrafa (pp. 194-195).

En esta parte del libro, precisamente, es un poco frustrante, por su brevedad, el análisis de los partos “exclusivamente biológicos” presentes en la obra del continuador. Resulta además un tanto reductor el examen de la preñez y del nacimiento situados en el último párrafo de la novela, en el que don Quijote es acompañado, ya no por Sancho, sino por una mujer vestida de escudero que da a luz en medio del camino. No cabe duda de que leer este parto en contraste con el prólogo de 1605 resulta una propuesta muy productiva, pero son posibles, desde luego, otras lecturas: dado que este parto coincide con el anuncio de una nueva continuación, parece poco probable que esté totalmente desprovisto de valor metafórico y, de hecho, Cervantes bien podría estar aludiendo a esta preñez simbólica en el cuentecillo del perro hinchado, producto asimismo de una *violación* metafórica. Llama la atención, en efecto, que en dos ocasiones se retome en él la palabra *trabajo*, utilizada varias veces en el propio epílogo avellanadiano.¹

Pese a estos defectos puntuales, el libro de Clea Gerber no deja de ser un libro de gran calidad y es muy sugerente asimismo el capítulo dedicado a Avellaneda. La autora maneja con soltura y precisión una extensa bibliografía, en la que solo se echa de menos el libro de William H. Hinrichs sobre las secuelas en el Siglo de Oro (*The Invention of the Sequel. Expanding Prose Fiction in Early Modern Spain*. Woodbridge, Tamesis: 2011), que hubiera sido valioso para

enriquecer los planteamientos dedicados a la “poética de la secuela” y la “construcción de una familia textual quijotesca”. Clea Gerber interpreta —con buenos argumentos— la estrategia de Cervantes respecto de Avellaneda como un intento de “expulsarlo” de la familia textual quijotesca y eso parece desprenderse, en efecto, de lo que dice el autor alcalaíno en su prólogo y también, en conjunto, de los juicios que emiten sus personajes acerca de la obra rival. Pero también parece admitir la autora que Cervantes se deja *transformar* (¿acaso muy a su pesar?) por la novela de Avellaneda y que, en cierto sentido, su Segunda parte termina “incorporando” varios elementos sugeridos por el otro (p. 157), aunque sea para remodelarlos o distanciarse de ellos. Bien mirado, uno puede llegar a preguntarse al finalizar el libro: ¿refleja todo este proceso una *expulsión* o una adopción parcial? ¿Traduce un rechazo categórico del hijo ilegítimo o un reconocimiento conflictivo y problemático del mismo? Es uno de los grandes méritos del libro de Clea Gerber suscitar nuevos interrogantes, estimular al lector de tal modo que este, como don Quijote al inicio de la novela de 1605, se sienta alentado —e incluso invitado a su vez— a convertirse en continuador de este hermoso libro.

Bibliografía

- » Alvarez Roblin, D. (2019). “L’intertextualité problématique des contes de fous et de chiens du *Quichotte* de 1615”. *Crisol*, série numérique n° 7, Écritures palimpsestuelles: le texte et ses liens. <http://crisol.parisnanterre.fr/index.php/crisol/article/view/127/144>.

¹ He desarrollado esta hipótesis en un trabajo reciente: Alvarez Roblin (2019).